

## LA CARTA Y EL DISCURSO AUTORREFERENCIAL. APORTES PARA UNA POÉTICA DEL GÉNERO EPISTOLAR EN UNAMUNO

### *Letters and Self-Referential Discourse. Contributions toward a Poetics of the Epistolary Genre in Unamuno*

Claudio Maíz

*Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo  
Centro Universitario. Casilla de Correos 345  
5500 Mendoza (República Argentina)*

BIBLID [0210-749X (1996) 31]

Ref. bibliogr. MAÍZ, Claudio. La carta y el discurso autorreferencial. Aportes para una poética del género epistolar en Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1996, 31, páginas 99-113

#### 1. EGO, EGOLATRÍA Y SUJETO LITERARIO

A lo largo de su obra Miguel de Unamuno sometió a una constante problematización al sujeto y al sujeto literario con vistas a orientar su discurso hacia otras voces. De ahí que sea menester detenerse en sus reflexiones en torno a estos temas, puesto que guarda, según creemos, estrecha vinculación con su epistolario, una parte de su producción literaria tan vasta como poco abordada, a no ser en estudios parciales o en el rescate y publicación de sus cartas, dispersas entre centenares de corresponsales<sup>1</sup>.

La atención que merece su epistolario no se justifica sólo por su contenido autobiográfico, imprescindible, como lo ha sido, para reinterpretar o iluminar cier-

1. Es destacable el esfuerzo realizado por Laureano Robles en el rescate de los textos epistolares de Unamuno, cuyo mayor fruto ha sido la edición del *Epistolario inédito* (1894-1936), Madrid, Espasa Calpe, 1991, 2 vol., del que nos valdremos en nuestras citas.

tos aspectos de su quehacer literario. Existe otra razón equiparable en importancia y es que su epistolario, desde un punto de vista cultural, resulta ser un registro discursivo de enorme valor en una “historia espiritual española de la época moderna”, para decirlo con términos de Juan Marichal<sup>2</sup>, o, como pensaba Georges Gusdorf: “el testimonio que cada uno da de sí mismo enriquece el patrimonio común de la cultura”<sup>3</sup>.

Es preciso reconocer que el estatuto genérico de la carta es ambiguo, de donde procede su conversión en una fuente plurivalente para conocer desde pormenores de la vida cotidiana hasta la psicología o datos biográficos de un autor. Por ello son diversas las disciplinas que la adoptan como objeto de estudio, como la historia o la sociología. Al fin de cuentas ocurre lo mismo con el resto de los discursos de representación del yo. Con todo, la estimación de las respuestas que ofrece el epistolario unamuniano atañe al espectro de interrogantes que se suscita desde los paradigmas de una historia cultural, puesto que las cartas en cuestión, aun con el fragmentarismo que las informa y define, cooperan en la reconstrucción de un determinado estado de la cultura de lengua hispana. En efecto, en las cartas de Unamuno es posible hallar un verdadero sistema de alusiones biográficas, bibliográficas, culturales que definen largamente una época.

Asimismo las cartas son discursos que dan cuenta de la realidad por medio de visiones interiorizadas, alentadas por la privacidad y en muchos casos, antes de que alcancen a tomar estado público, incluso así nunca con la espontaneidad como cuando fueron emitidas en forma epistolar. La intimidad en que se producen no admite el funcionamiento del régimen de fórmulas que reglan la actuación pública. Aun con la transparencia que el Unamuno oral y escritor público acostumbró a sus contemporáneos, a tal extremo de volverse irritante, cuando no ofensivo, en las cartas la escala de su sinceridad alcanza alturas desconocidas. En el juego entre opacidad pública y transparencia privada, las cartas –en clara opción por ésta última– permiten adentrarse en los intersticios de los procesos internos de la experiencia cultural.

Ahora bien, no obstante la ausencia de una sistematicidad, idéntica a la que caracterizó al resto de su reflexión filosófica o sobre problemas literarios, a través de ciertos textos que veremos, Unamuno conformó lo que podríamos designar como una poética del género epistolar.

Sus juicios metapoéticos tuvieron como objeto su práctica epistolar, la validez de los mismos, sin embargo, posee un alcance mayor que quizás Unamuno no pretendió, como es haber dejado al descubierto una zona franca, desde donde indagar las estructuras profundas, de raíz antropológica, que informan al género epistolar. ¿Por qué el escritor vasco llegó a crear un epistolario, cuya magnitud exacta aún se desconoce? Este interrogante por las causas bien puede funcionar como punto de partida de un estudio sobre esa parte del corpus literario unamu-

2. JUAN MARICHAL, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984, p. 167.

3. GEORG GUSDORF, “Condiciones y límites de la autobiografía”. *Suplementos Anthropolos*, n. 29, diciembre de 1991, p. 10.

niano, aunque, es evidente, sin embargo, que también sería factible hacerlo operar en otros muchos polígrafos.

Dos circunstancias sugieren que el género epistolar está inserto, en cuanto a su función comunicativa, dentro de la conducta lingüística: por un lado, donde ha habido escritura ha habido ejercicio epistolar; por otro, la naturaleza transmisora que adquirió desde su emergencia. Con arreglo a lo cual, Ana María Barrenechea sostiene que “la matriz epistolar es un objeto cultural básico”<sup>4</sup>.

Si bien esta observación es cierta, no lo es menos el hecho de que a universalización y continuidad de una forma puedan ser capaces de garantizar su función. El origen de la carta es de orden extraliterario, por lo cual ha mantenido una crispada relación con la literatura. Sin embargo, su incorporación al campo literario proviene de su consideración como uno de los diversos discursos de la representación del yo. En tal sentido, comparte junto con las autobiografías, memorias o diarios un proceso de legitimación de la subjetividad, marcado por distintos estadios, que la crítica ha rastreado desde la antigüedad hasta los tiempos modernos.

Ha sido Michel Foucault quien más empeño ha dedicado a la elaboración de una historia de la subjetividad, cuyos más sobresalientes estadios se han visto regidos por principios tales como el “conócete a tí mismo” délfico, el “confiesa tus pecados” monástico, el cogito cartesiano o el yo profundo del psicoanálisis. A los tres tipos de tecnologías (producción, significación y dominación), Foucault agrega una cuarta, a la que denomina “tecnologías del yo”, que

Permiten a los individuos efectuar por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto grado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad<sup>5</sup>.

El concepto se muestra sumamente apropiado a la hora de ocuparse del modo como Unamuno actúa sobre sí mismo, tanto por el subjetivismo radical que sostiene cuanto por las formas expresivas que practica. Aunque el caso de Unamuno, por más representativo que sea, no se lo puede tener como un epifenómeno aislado, antes bien la hermenéutica de sí mismo, como una de las tecnologías del yo, aparece actuando en la producción literaria de los hombres más emblemáticos de la generación del 98.

El movimiento de ideas, actitudes y estéticas del 98, a diferencia del cosmopolitismo modernista de neto corte aperturista, fue una manifestación concentrativa, de recogimiento. Hay hasta un plegamiento de tipo geográfico, entiendo por ello la mirada redescubridora del paisaje español, y todavía una focalización más constreñida de él sobre Castilla. Desde un punto de vista ético, la expresión “me duele España” podría leerse como otra forma de recogimiento, en tanto examen de la decadencia hispánica. Ambas percepciones echan las bases de una literatura de ensimismamiento, aunque también de una fuerte afirmación del yo.

4. ANA MARÍA BARRENECHEA, “La epístola y su naturaleza genérica”, *Dispositio*, vol. XV, n. 39, 1990, p. 52.

5. MICHEL, FOUCAULT, *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 48.

En su artículo “Nuestra egolatría de los del 98” (1916). Unamuno reconoce como un signo inequívoco de esa generación la egolatría, que se entronca al descubrimiento de la personalidad individual: si España se hundía, al menos había que intentar salvar al español. La base ideológica de esta fuerte afirmación del yo no es ajena al repertorio de ideas que animaban al horizonte cultural del momento. El propio Unamuno lo reconoce:

Soplaban sobre nosotros vientos de anarquismo, de individualismo desenfrenado; apacentábamos los unos de la fórmula spenceriana de “el individuo contra el Estado”; otros se nutrían de Nietzsche y, a la busca dentro de sí mismos del sobre-hombre, descubrían al hombre, se descubrían a sí mismos, su propia dignidad humana<sup>6</sup>.

Por la vía de la exaltación del yo, diríamos público y por lo tanto ético, en busca de la regeneración de España, se llega al descubrimiento de un yo íntimo, una apropiación de la conciencia. La contemplación de la individualidad –no se trata de profesar el individualismo–, se transforma en materia literaria, ya sea reflexiva o ficcional o ambas cosas, con miras a extremar los esfuerzos por indagar y a la par mostrar las dimensiones del yo.

Ahora bien, la creación literaria así entendida demanda ciertos supuestos. La conocida reluctancia unamuniana a los avatares vertiginosos de las grandes ciudades: París como modelo de su rechazo, Madrid pues es la que más conoce, opera en la base de su paralelismo entre la despersonalización urbana y las experiencias interiores. El paradigma de vida que Unamuno propugna, de claro abolengo romántico, tiene a la naturaleza como su principal escenario, más reposado y por ello menos nocivo que el ritmo urbano.

La idea de una superioridad del campo sobre la ciudad, que hace recordar a Rousseau, como queda esbozada en un ensayo “Ciudad y campo” (1902), sitúa a Unamuno en el extremo opuesto a la concepción modernista, sin que ello nos autorice a tacharla de antimodernista. El tema de fondo, al fin de cuentas, no estriba en la rivalidad o antagonismo entre dos modos de vida, sino cuál de ellas –la urbana o la rural– allana mejor el camino que conduzca a la soledad, piedra angular de las estéticas, en danza. Baudelaire, nos recuerda Benjamín, amaba la soledad, pero la quería dentro de la multitud<sup>7</sup>. A la manera de una herencia romántica, tal será la búsqueda emprendida por los modernistas hispanoamericanos: la soledad dentro de la multitud y el vértigo de las grandes urbes. «En París siempre va uno de incógnito y todo es nuestro», le escribía Amado Nervo a Unamuno en una carta de 1904<sup>8</sup>. París, el ‘locus’ urbano por excelencia, permite descubrir a los modernistas los mecanismos de una libertad, de los que se veían privados en las ciudades americanas. Si los atraen las grandes ciudades es porque al recorrerlas perciben ingresar en otro siglo, el de una modernidad que ansiaban pero desconocían. En este registro de per-

6. MIGUEL DE UNAMUNO, *Obras completas*, t. V, Barcelona, Vergara, 1958, p. 1173. De esta edición procede el resto de las citas.

7. WALTER BENJAMÍN, *Poesía y capitalismo*, Madrid, Taurus, 1980, p. 130.

8. Archivo Miguel de Unamuno, N/50-51.



cepciones encontradas puede examinarse otra faceta más de la crítica unamuniana a la literatura modernista de Hispanoamérica.

Con todo, el haberlo mencionado lo ha sido con vistas a poner de relieve un cierto anacronismo de Unamuno, el cual, si bien lo muestra como desfasado del proceso de modernización que acaecía en los grandes conglomerados urbanos, con sus consecuentes y nuevos códigos culturales, por otra parte, resulta ser la marca de su originalidad. Pues, gracias a sus posturas, en cierto modo a contrapelo de la historia, consigue poner a prueba las “tecnologías del yo”, mediante la constitución de un campo de fuerzas en el que operan la vida retirada, la hermenéutica de sí mismo y la dialogía como estructura literaria.

Es probable que el ensayo “¡Adentro!” (1900) contenga embrionariamente gran parte de los principios creativos que Unamuno experimentará a través de su labor literaria. Este ensayo junto con “Ciudad y campo” y “El individualismo español” (1905) se hallan conectados a través de una red de vínculos, cuyas líneas maestras son la introspección, la vida solitaria y la distinción entre individuo y personalidad. “Sal de ahí (se refiere a Madrid) y aíslate por primera providencia; vete al campo, y en la soledad conversa con el universo”. (“¡Adentro!”); “en las ciudades se vive demasiado aprisa” (“Ciudad y campo”); “La noción de persona se refiere más bien al contenido, y la de individuo al continente espiritual. Con mucha individualidad [...] puede tener muy poco de propio y personal”. (“El individualismo español”)⁹. Con todo, la máxima cohesión que se percibe dentro del campo semántico en el que estos ensayos se inscriben, viene dada por la máxima, que a modo de epígrafe, abre “¡Adentro!”: *In interiore hominis habitat veritas*.

Si durante el siglo XVIII el yo había sido reubicado dentro del sistema de las conveniencias sociales –momento de secularización de la interioridad–, lo fue a costa de una concepción en la que el sujeto representaba una entidad abstracta. Paulatinamente, sin embargo, la primera persona será tenida como garantía de la verdad. Esta habita en el interior de los hombres. Extraer la verdad, entonces, significa incursionar en la interioridad del hombre, es decir en sus sentimientos, pasiones, debilidades, heroísmos. Aquí resulta conveniente valerse de la distinción que Georg Simmel efectuó en su teoría del individualismo: el de la singularidad y el de la unicidad. El primero está adscrito a la Ilustración, en la medida en que interpreta al hombre como una entidad abstracta. Es un individualismo cuantitativo. En cambio, el segundo, que desarrolla la cultura romántica, entiende al individuo a la manera de un todo orgánico. Es un individualismo cualitativo¹⁰.

La diferencia entre estas dos concepciones es capital, ya que abre cursos de acción al pensamiento posterior que han estado en constante colisión. De ahí que Unamuno, adherido al individualismo que cultiva lo *propio* y no lo *común* del hombre, sitúe su filosofía subjetivista dentro del cauce de la reacción contra el cientificismo racionalista. Para él la autopercepción será el dato de certeza más indiscutible¹¹.

9. MIGUEL DE UNAMUNO, *Op. cit.*, t. III, pp. 419, 537, 620, respectivamente.

10. HELENA BÉJAR, “Individualismo, privacidad e intimidad”. Castilla del Pino (ed.), *De la intimidad*, Barcelona, Grijalbo, 1989, p. 52.

Al grito de “¡Adentro!” Unamuno se sumerge en el siglo XX, estableciendo así un verdadero programa de vida y literatura, cuyos aspectos más sobresalientes son: 1. la vida como revelación de la eternidad, 2. afirmación de un individualismo cualitativo, 3. la misión del escritor no es influir sobre la marcha de la cultura o la sociedad, sino a través de cada individuo.

## 2. LAS INVESTIGACIONES DEL YO

Unamuno parece llamado a tratar unos cuantos temas, que, a la manera de anáforas textuales, se reproducen constantemente bajo diversas vestimentas formales, pero sobre ellas se ejerce la fuerza centrípeta de su teoría del sujeto plural<sup>12</sup>. El yo como objeto de investigación constituye el punto arquimédico del cuerpo de doctrina filosófica de Unamuno, en razón de ser una categoría que resume lo universal y lo eterno. Ante la invalidez que pueda pesar sobre el hecho de que el propio sujeto se tome como objeto, Unamuno se pregunta: “¿es que esta mi sustancia, que no es tan propia mía, que es parte de la común sustancia humana, no es mi objeto?”<sup>13</sup>.

La respuesta afirmativa a tal interrogante se traduce en una transformación de la singularidad del hombre Unamuno en una inquietud con validez universal. El esfuerzo epistemológico unamuniano consiste en anteponer su existencia en el tratamiento de los problemas humanos.

Ahora bien, si el objeto es el yo “concreto” y “personal”, ¿cuál es el método más idóneo para su investigación, con miras a su conocimiento? La vía de acceso al yo es la confesión, es decir el discurso que revela la intimidad sin opacidades, mediante un acto de sinceramiento. “Lo que busco —escribe Unamuno— es gente que se confiese, y lo busco porque me interesa el hombre individual y concreto”<sup>14</sup>.

El doble enfoque que admite la confesión, el sacramental y el comunicativo, aparece problematizado en el pensamiento unamuniano. En el primer caso, por su relación crítica con el catolicismo y su manifiesta afinidad con los escritores protestantes; en el segundo, porque su propuesta es “una ontología del interior y el exterior como comunicación”<sup>15</sup>. De todas maneras, resulta evidente el entroncamiento del pensamiento unamuniano con la filosofía cristiana, especialmente en lo que se refiere a la obligación de cada persona de saber quién es. Recuérdese la insistencia con la que Unamuno retorna a aquella expresión del Quijote: “¡Yo sé quién soy!”, como un atributo de su heroicidad. Para mayor abundamiento,

11. JESÚS ANTONIO COLLADO, *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*, Madrid, Gredos, 1962, p. 272.

12. IRIS ZABALA, “Unamuno: ‘Niebla’, el sueño y la crisis del sujeto”. ÁNGEL LOURERIO (coord.), *Estelas, Laberintos. Nuevas sendas. Unamuno. Valle Inclán. García Lorca. La guerra civil*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 40.

13. MIGUEL DE UNAMUNO, “Sobre mí mismo. Pequeño ensayo cínico”. *Op. cit.*, t. X, p. 244.

14. *Ibid.*, p. 244.

15. I. ZABALA, *Op. cit.*, p. 45.

digamos con Gusdorf que “la regla de la confesión de los pecados viene a dar al examen de conciencia un carácter a la vez sistemático y obligatorio”<sup>16</sup>.

Esta tradición cristiana patrocina gran parte de la literatura confesional en la medida en que el tema de la introspección del yo arranca históricamente con el cristianismo y la confesión. Unamuno no oculta su preferencia por este tipo de literatura, antes bien considera un modelo de autenticidad, rasgo que demanda a la expresión literaria. Declara que “entre todos los escritores prefiero los más personales. Me encantan las autobiografías, las confesiones, las Memorias, los epistolarios. San Agustín, Pascal, Rousseau, Montaigne, Aimel... Son Legión”<sup>17</sup>. A ello debe agregarse el especial interés que dedicó a los epistolarios de Bolívar, Martí, Flaubert, Nietzsche, Castelar, Santa Teresa.

En este sentido, debe destacarse la asociación que Unamuno hace entre la confesión y las cartas a mujeres, refiriéndose al epistolario de Flaubert:

Si la confesión auricular católica ha producido y produce a vueltas de sus evidentes males algún bien, si ha consolado a alguna pobre alma solitaria y enferma por los caminos de la vida, habrá sido y será seguramente a alma de mujer que se confiesa con un hombre, el sacerdote [...] Y no puede producir el mismo efecto saludable en un alma de hombre porque éste se confiesa con otro hombre y no hay entre los dos la barrera del pudor que lejos de amenguar intensifica y depura la confianza [...] Otra cosa sería si los hombres se confesasen con mujer. Y otra cosa es cuando, en efecto, con mujer se confiesan como a Flaubert le sucedía<sup>18</sup>.

Este ensayo, del que nos ocuparemos en el próximo apartado, no sólo pretende ser un comentario a las cartas del novelista francés, sino que además revela la experiencia personal del Unamuno epistolar. Para el año de publicación del ensayo en *La Nación* (1912), Unamuno mantenía correspondencia con una argentina, Delfina Molina y Vedia, a quien está dedicado el texto, que además concluye con un significativo “¿No es verdad, amiga mía?”, que refrenda todo lo dicho en secreta complicidad<sup>19</sup>.

Ahora bien, no caben dudas de que el gran libro de San Agustín procedía de la exigencia dogmática confesional. Su humilde balance instrospectivo ante Dios inaugura una literatura de autoexamen, por lo mismo una retórica. Hemos dicho que el método de investigación del yo conducente a su conocimiento es la confesión, la cual, para ser efectiva, en el plano estrictamente discursivo, exige sus propias reglas y estrategias.

La persuasión, que debe contarse entre estas últimas, es un efecto que Unamuno lo obtiene mediante la representación del *otro*, una segunda persona que oficia de escenario. El sujeto literario unamuniano selecciona sus interlocuto-

16. G. GUSDORF, *Op. cit.*, p. 11.

17. MIGUEL DE UNAMUNO, “Sobre mí mismo. Pequeño ensayo cínico”, *Op. cit.*, p. 244.

18. MIGUEL DE UNAMUNO, “Cartas a mujeres”, *Op. cit.*, t. VIII, p. 901.

19. El ensayo se publicó el 25-IV-1912, poco tiempo después Delfina Medina y Vedia le escribe en una carta (16-V-1912): “Al mismo tiempo que llegaba a mis manos la correspondencia que Ud. me dedicó en ‘La Nación’...”. A.M.U. M5/27-M5/41.

res y los representa como el tú de un ego contradictorio para que absuelvan la confesión. Hay en tales procedimientos un intento de personalizar la materia verbal, es decir restituirla al ámbito de la comunicación intersubjetiva. De manera correlativa, la actitud confesional adquirirá más eficacia cuanto mayor sea la sustitución del discurso por el habla, de la lógica designativa por la oralidad. La intimidad del habla se traspolaa a la escritura por medio de la imaginación que permite la construcción del interlocutor.

El propio Unamuno admite que los escritos que más han complacido a los lectores han sido aquéllos en los que imaginaba dirigirse a un sujeto determinado<sup>20</sup>. Una prueba del éxito logrado por este tipo de textos lo constituyen los que, bajo la forma de correspondencia, iban dirigidos a los diarios y revistas en las que Unamuno colaboraba. De las muchas cartas argentinas que Unamuno recibió, existe un buen número de ellas que proceden de anónimos lectores del diario argentino *La Nación*, en el que escribió durante años. Era lógico, en virtud de que tales artículos, muchas veces enmascarados con la retórica epistolar, eran leídos con los cánones del mismo género.

Unamuno hace mención a esta circunstancia en "La comunión de los solitarios", breve ensayo en el que declara que las cartas más íntimas o entusiastas que ha recibido de lectores desconocidos, fueron las que se motivaron en textos que trataban sobre temas "inactuales", sin relación de tiempo ni lugar, lo mismo hubiera sido publicarlos dentro de un año o un siglo, pues se ocupaban de "la vida interior, de congojas íntimas o de preocupaciones de ultratumbas". De todo ello extrae la siguiente conclusión, que no es sino el motivo global de su obra: "Lo cual corrobora aquello de que lo que interesa más a cada uno es lo que más interesa a todos"<sup>21</sup>.

El efecto de lectura que la estrategia unamuniana obtiene, esto es, la convocatoria a la colaboración del lector para terminar de dar sentido al texto, deja establecida la comunicación entre los solitarios, los que, según Unamuno, son los individuos que comparten "cierta vida interior, espiritual". El solitario es un lector modelo. Pero la soledad no debe entenderse como solipsismo, más bien es el estado existencial que faculta al individuo vivir intensamente su interioridad. Por lo cual, la "comunión de solitarios" es además, y por sobre todo, un conjunto de yoes.

Si la acción de confesarse tenía a la persuasión como una de sus estrategias, la sinceridad será su infalible regla. En torno a la sinceridad puede diseñarse un campo semántico que se abastece de expresiones tales como "especie de secreción escrituraria" o las que contienen los verbos "derramar" y "desahogarse", a las que Unamuno acude reiteradamente. El significado de estas construcciones se relacionan con la espontaneidad, el repentismo y la asistematicidad del proyecto literario unamuniano, en la medida en que comportan una fluidez discursiva sin artificios o "tecniquerías", para usar un vocablo de Unamuno. O lo que es lo mismo, constituyen los fundamentos de una teoría de la improvisación.

20. MIGUEL DE UNAMUNO, "Intimidad de los escritores (1)", *Op. cit.*, t. XV, p. 942.

21. MIGUEL DE UNAMUNO, *Op. cit.*, t. XV, pp. 941-2.

He dudado –escribe en el prólogo a la *Vida de Don Quijote y Sancho*– más de una vez de que puedas cumplir tu obra al notar el cuidado que pones en escribir las cartas que escribes. Hay en ellas, no pocas veces, tachaduras, enmiendas, correcciones, jeringazos. No es un chorro que brota violento, expulsando el tapón<sup>22</sup>.

La espontaneidad emotiva, pues, le confiere a la escritura un valor genuino, sin máscaras retóricas ni artificiosidad en los sentimientos, en suma, el discurso se vuelve cínico. Es conocida la manera en que Unamuno ejercitó su sinceridad sin reparar en la oportunidad ni sus consecuencias. La suya fue una sinceridad militante, radical, y por lo mismo tal vez, única.

Ahora bien, dentro del esquema de una literatura confesional, el público oficia de una especie de entidad auricular –no debe olvidarse la oralidad como una de las estrategias discursivas de Unamuno–, a condición de que no sea considerada como una “muchedumbre impersonal”. Por el contrario, si los requisitos para la confesión son la intimidad y la sinceridad, escribir para un público que haga las veces de audiencia, es hacerlo para cada uno de los sujetos que lo componen. De ahí la distinción irreconciliable entre lo que Unamuno denomina literatura de “plaza pública” y literatura de “hogar”. La diferencia radica, principalmente, en el grado de recogimiento que cada una admite.

### 3. LAS CARTAS EN EL PROYECTO LITERARIO UNAMUNIANO

Luego de este breve recorrido sobre el yo y sus “tecnologías” en algunos textos de Unamuno, nos encontramos en mejores condiciones para reiterar aquel interrogante inicial por las causas del extenso epistolario unamuniano. Esto es, si el mismo guarda alguna relación con su sistema literario, cuyos fundamentos se encuentran en un pensamiento fuertemente subjetivista. La respuesta que intentaremos formular, de ser correcta, puede aportar un esquema de la poética epistolar concebida por Unamuno.

Hemos dicho que el ensayo de 1900, ¡“Adentro!”, bien cabía considerarlo como una suerte de programa de literatura y vida, que haya sido o no cumplido en todo, no impide constatar que, en lo que respecta al imperativo de Unamuno de influir sobre cada uno de los miembros de la sociedad, existió el intento valiéndose del género epistolar. “Sé confesor más que predicador. Comunícate con el alma de cada uno y no con la colectividad”, escribía en dicho ensayo, en un todo de acuerdo con su doctrina del hombre de carne y hueso. Que uno de los medios elegidos para tal fin fuera la carta, no la de extensión breve ni por cortesía, se explica por la gran libertad expresiva que ella le permitía.

Aunque el esfuerzo unamuniano de llevar adelante “su ontología del interior y el exterior como comunicación” se mantiene a lo largo de toda su obra, en su práctica epistolar describe una curva, que va desde los tiempos en que buscaba a los jóvenes “que quieren trabajar, ponerme en contacto con ellos, animarles, alen-

22. MIGUEL DE UNAMUNO, “Vida de Don Quijote y Sancho”, *Op. cit.*, t. IV, p. 80.

tarles y escribir largas cartas”<sup>23</sup>, a cuando se lamenta por no poder derramarse “como antaño, en conversaciones y correspondencias privadas”. Pero el que se dedica al púlpito tiene que dejar el confesionario”<sup>24</sup>, o, cerca de su muerte declara que se le ha pasado la “epistolomanía”<sup>25</sup>. Las expresiones anteriores corresponden, respectivamente, a cartas escritas en los años 1905, 1923 y 1936. Como es posible observar el epistolario, a la manera de una biografía, acompaña la trayectoria existencial de Unamuno, marcada por las imágenes del confesionario y el púlpito, es decir, mientras más pública se fue haciendo su figura menor tiempo restaba para el trato intersubjetivo.

Pese a todo, Unamuno descubrirá una fórmula que admita la intimidad del “confesionario” y la publicidad del “púlpito”: debilitar las fronteras de los géneros que utiliza para expresarse, al extremo de crear la noción de texto único<sup>26</sup>, tanto por los temas que aborda cuanto por la economía de esfuerzo que implica. Es así como, en este último caso, la carta se enviste de un doble significado: el propio en tanto género y otro que proviene de su reciclaje, ya sea como ensayo, prólogo o artículo periodístico:

Muchos de mis artículos públicos han brotado de cartas privadas. Y en rigor han seguido siendo cartas privadas, una misiva enderezada a cada uno de los lectores, en particular, y no a todos ellos, en general. Lo de dirigirme individualmente al lector, no a los lectores colectivamente, no ha sido un artificio, sino una realidad emotiva. Necesito tener presente a mi intención un hombre concreto, de carne y hueso, y no una vaga colectividad<sup>27</sup>.

Dos por lo menos son las razones que condicionan a Unamuno a adoptar estos procedimientos: por un lado, una razón de índole práctica, la cuantiosa correspondencia que recibe no le permite ocuparse de ella con todo el tiempo que quisiera, por otro, de orden más profundo, la progresiva anulación de la tensión entre literatura y vida hasta convertirla en un *continuum*. Esto último merece una mayor explicación.

En efecto, los publicistas, entre los que Unamuno se incluye, escriben sus cartas con un mínimo de privacidad, debido a que lo escrito es en sustancia lo mismo que se dirige al público. En la poética unamuniana, pues, el conflicto entre público y privado se resuelve con la abolición del carácter sacralizado de la intimidad, esto es, queda desechada la concepción de que lo íntimo es la dimensión más resguardada y custodiada del individuo. Así, tanto la autonarración cuanto la autointerpretación adquieren el valor de accesos gnoseológicos del hombre, donde la sinceridad es caución de verdad.

Yo, por mi parte, si hubiera continuado todas las relaciones epistolares prolijas e intensas que he iniciado, no me bastarían las veinticuatro horas del día para

23. MIGUEL DE UNAMUNO, *Epistolario inédito*, *Op. cit.*, t. I, p. 186.

24. *Ibid.*, t. II, p. 133.

25. *Ibid.*, t. II, p. 347.

26. I. ZABALA, *Op. cit.*, p. 38.

27. MIGUEL DE UNAMUNO, “Confesiones cínicas al lector amigo”, *Op. cit.*, t. X, p. 374.

ello. Por eso hago cuenta que es el lector, el desconocido lector, mi mayor amigo y muchas de estas correspondencias públicas son, como es ésta, cartas particulares, cartas abiertas que aunque puedan leerlas todos van especialmente dirigidas a una persona determinada<sup>28</sup>.

De manera que el texto público puede inspirarse en una carta, pero también ésta es capaz de filtrarse en el texto público, como es el caso del artículo "Cartas a mujeres" (*La Nación*, 1912), a la que hemos hecho mención y pertenece la cita precedente. La existencia de grandes epistolarios en la vida de muchos escritores, piensa Unamuno, no obedece al tiempo que se disponga, antes bien la práctica epistolar funciona, en muchas ocasiones, como antetexto de las ideas que luego adquirirán estado público.

Así pues, en la concepción unamuniana los ámbitos de lo público y lo privado no son tenidos como compartimentos excluyentes, al estar integrados en un proyecto literario que aprovecha la meditación íntima para producir el texto público. Claro está que anteponiendo, sobre todo, su propia existencia.

Ahora bien, lo expuesto con anterioridad alude, en gran medida, al Unamuno receptor de cartas y la utilidad que en ellas descubre. ¿Qué hay del Unamuno emisor? En primer término, debe insistirse en un acuestión esencial: la pulsión confesional afecta por igual su repertorio discursivo de la representación del yo, a través de un espectro que va del soliloquio al ensayo y la carta. Pero es, tal vez, en esta última donde la confesión logra su más alta intensidad, así como también se muestra como la raíz de su teoría de la improvisación. Las siguientes son citas de sus cartas: "No podría haberme llegado, mi estimado señor, más en ocasión su carta, y así, sin más averiguaciones y entregándome desde luego, venga lo que viniere, se la contesto"; "En fin, que no sé bien lo que me digo". "Al llegar aquí me han interrumpido y tengo que reanudar la carta, perdido ya el tono en que la llevaba"<sup>29</sup>.

Hemos dicho que el acto confesional demanda un auditor, razón por la cual, la literatura de interiorización unamuniana se forja a partir de una subordinación del cómo al para quién: público, lector implícito, corresponsal o interlocutor, en suma, 'dramatis personae' que garantiza la estructura dialógica. La asimilación, entonces, entre los lectores anónimos de sus textos y los conocidos de sus cartas es la consecuencia de un yo expansivo, que así como se reafirma a sí mismo requiere la personalización del otro. El lector se define por su condición de individuo de "carne y hueso", al igual que el autor y el texto se torna en un espacio en el que la experiencia dialógica se hace posible. Además la fuerte afirmación de la humanidad del lector tiene un valor adicional: la autocontemplación formativa del autor. "Y por eso nuestro mejor espejo es cada uno de nuestros prójimos. Y es mucho mejor buscar nuestro pensamiento a través del pensamiento de los otros que buscarlo zahondando en nuestra conciencia"<sup>30</sup>.

28. MIGUEL DE UNAMUNO, "Cartas a mujeres", *Op. cit.*, p. 909.

29. MIGUEL DE UNAMUNO, *Epistolario inédito*, *Op. cit.*, t. I, pp. 214, 229, 233.

30. MIGUEL DE UNAMUNO, "Aprender haciendo (Conversación)", *Op. cit.*, t. XI, p. 746.

El espejo provee de un doble efecto: unas veces para verse reflejado y otras para devolver una imagen al lector. Pues bien, ¿en qué contexto comunicativo el lector es capaz de ejercer una verdadera función especular? Sin duda en la relación epistolar. Mientras que en los textos unamunianos el lector de “carne y hueso” resulta ser un lector implícito representado, el lector epistolar está dotado para devolver, en forma escrita, la imagen que Unamuno refleja. Aunque más no sea a través del simple apelativo con el que se encabeza una carta: un “querido maestro y amigo” lleva implícito una imagen de magisterio y amistad. Si las cartas que Unamuno escribió llegan a ser un autorretrato, las que recibió son su espejo.

Aún más, el espejo debe ser considerado como una metáfora epistemológica dentro de la filosofía de la interioridad a la que Unamuno se adscribe: la existencia se multiplica a través del espejo que son los otros, luego lo que es ensanchado es la entidad humana: “...que viéndose y mirándose —escribe Unamuno— el hombre primitivo en el espejo de un sereno charco fue como llegó el desdoblamiento de sí mismo, a conocerse fuera de sí, a pensar en su yo y luego creer en su alma”<sup>31</sup>.

Pedro Salinas, en su “Defensa de la carta misiva”, ha destacado el hecho de que una carta está dirigida antes que a nadie al mismo que la escribe, por ser él el primero que se pone ante lo escrito. Escribir una carta, pues, es un acto de conciencia o un testimonio de la misma, después de escrita la carta el hombre sabe algo más de sí<sup>32</sup>. A la pregunta de por qué escribe de un corresponsal, Unamuno le responde:

Escribo por una necesidad interna, porque tengo que echar fuera lo que me estorba adentro. Y escribo para afirmar mi personalidad ante mí mismo. Es un modo deirme conociendo e irme poniendo en claro. Porque toda mi vida íntima del hombre debe ser esto: ver claro en sí propio. Y es el modo de iluminar a los demás<sup>33</sup>.

Por otra parte la escritura de la carta es el espacio textual que tal vez mejor exhiba la dialéctica entre la realidad concreta del acto de enunciación y el enunciado, la presencia de un sujeto real y su transformación en figura del discurso. Tales rasgos le otorgan al texto toda la fuerza de la inmediatez. Como si fuera una escritura en tránsito, la carta capta un instante de la vida del sujeto, su estado de ánimo, sus humores y congojas. Medio ideal, si lo hay, para el apresamiento de la imprevisibilidad de la vida, espontáneamente, sin plan previo. A la teoría de la improvisación, Unamuno le suma su noción de lo incompleto, ambas hallan en la carta la forma más idónea. Las cartas unamunianas nunca concluyen, es decir producen el efecto de que son interrumpidas, de que queda mucho por decir. Es frecuente en ellas el uso del término “basta” llegando al final, como si Unamuno tuviera que reprimir —de hecho lo hace— un impulso a continuar escribiendo: “Me

31. MIGUEL DE UNAMUNO, “Autorretrato”, *Op. cit.*, t. X, p. 111.

32. PEDRO SALINAS, “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”, *El defensor*, Madrid, Alianza, 1983, p. 35.

33. MIGUEL DE UNAMUNO, *Epistolario inédito*, *Op. cit.*, t. I, p. 342.



llaman y tengo que cortar ésta. Es tan fácil seguirla... ¡Además, yo me dejo ir fácilmente a la charla continua; Pero hay que recogerse"<sup>34</sup>.

Volvemos a la noción del texto único, pues lo que no está dicho en las cartas puede que esté escrito en las obras. Refiriéndose a su *Vida de Don Quijote*, Unamuno dice: "¿Y qué más he de decirle? Usted lo verá. En el libro mismo va lo más que pudiera decirle; tómelo como una conversación con usted"<sup>35</sup>. Este desbordamiento de límites, el libro como continuidad de la relación epistolar, permite suponer que la carta es el recorte de un discurso mayor, la extracción repentina de una parte del todo. Su código se deriva de un código mayor, que es el que rige el sistema literario del autor, a la manera de un núcleo y periferia semánticos. Lo que no dice la carta debe interpretarse como un silencio, que redobra su marginalidad y subordinación. La naturaleza marginal que la informa deviene de la relativa brevedad con que se la concibe, de ahí, entonces, que se deslicen las insinuaciones u omisiones. La economía de su producción condiciona al corresponsal a recurrir a la elipsis, cuyos antecedentes reposan en otros textos de la relación epistolar o en el contexto cultural.

La variedad de corresponsales quedó reflejada en una tipología que el propio Unamuno elaboró: 1. el joven ansioso de confidencia que anhela una palabra de aliento, 2. los enciclopedistas que quieren adquirir instrucción, 3. los alterados mentales, 4. los que lo acusan de no pronunciarse sobre determinados temas, 5. los paternos consejeros, 6. los que buscan que se les conteste para publicar luego la carta. Estos últimos, que según Unamuno<sup>36</sup>, fueron pocos, no por ello dejaron de acarrearle problemas. La sinceridad, pública y privada, es un rasgo que define por antonomasia la personalidad unamuniana, sin embargo, como hemos expuesto, en las cartas se extrema. Por ello, el uso que algunos de sus corresponsales hicieron de ellas lo involucraban en serios incidentes. El pacto de confiabilidad es la regla de oro del intercambio epistolar, la indiscreción constituye un acto de violación del mismo.

No crea usted, por otra parte, que me halaga el que se coleccionen y encuadernen mis cartas como si hubieran de pasar a la posteridad. Y menos me gusta que se eche mano de ellas y se las cite en escritos públicos, sacando a plaza juicios que acaso yo desee permanezcan privados<sup>37</sup>.

Tal disgusto le comunica a Pedro de Múgica. Entre tan diverso espectro de corresponsales, Unamuno carecía del control, como es obvio, sobre los destinos finales de sus cartas, que bien podían terminar en un relicario o, lo que era muy grave en ciertas ocasiones, en las páginas de la prensa. Esto último ocurrió, en un confuso episodio, con una carta que sería concausa de su destierro de 1924. En el hecho de la publicación se involucró el nombre de Américo Castro, como respon-

34. MIGUEL DE UNAMUNO, *Ibid.*, p. 291.

35. MIGUEL DE UNAMUNO, *Ibid.*, p. 189.

36. MIGUEL DE UNAMUNO, "Cartas", *Op. cit.*, t. VIII, pp. 485-6.

37. *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, recopilación y prólogo Sergio Fernández Larraín, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1965, p. 357.

sable de la indiscreción, circunstancia que lo obligó a desmentir tales acusaciones<sup>38</sup>. El caso es interesante puesto que plantea una serie de problemas sobre el funcionamiento de ciertos mecanismos que bordean a la carta: el orden privado, el poder político, la indiscreción, la reserva que debe regir la relación epistolar, etc.

Ahora bien, la carta es un acto privado, como lo defiende Unamuno, pero en su contenido puede quedar la huella de otro repliegue de la individualidad: lo íntimo. Razón por la cual es factible observarla desde una función lírica, merced al predominio subjetivo. Unamuno sostenía que en España existía “una conspiración tácita contra toda especie de intimidad”, lo que ahoga el florecimiento de una “verdadera poesía”, poética y no estética, como gustaba distinguir<sup>39</sup>. En este sentido, resulta conveniente atender las observaciones que Unamuno hizo sobre el epistolario de Martí. Se ocupó de él en dos ocasiones (“Cartas de poeta”, “Sobre el estilo de José Martí”), poniendo de relieve las semejanzas que encontró entre los poemas y las cartas martianas.

Destaca dos cualidades en estas cartas: la espontaneidad y la improvisación, frutos de una vida consagrada a la acción y, por lo tanto, sin tiempo suficiente para el ejercicio más reconcentrado del género epistolar. Sin embargo, aunque las cartas fueran cortas, concisas, de un estilo “a las veces telegráfico”, eran las cartas de una inspiración inmediata y repentina, es decir, dictadas por su genio poético<sup>40</sup>. Es la improvisación la nota que acerca los poemas de versos libres de Martí a sus cartas íntimas. El tono íntimo y concentrado refuerzan el lirismo y aleja tanto a las cartas como a la poesía de la oratoria. La diferencia entre poesía y oratoria no es para Unamuno sino una variante más de la distinción entre literatura de plaza pública y literatura de hogar, de preferir al hombre y no a la muchedumbre o la psicología a la sociología.

#### 4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Llegados a este punto es posible declarar que la carta unamuniana se inscribe dentro de los dominios de los que Foucault denominó “las tecnologías del yo”, en la medida en que tal acto de escritura se presenta como una variante de la hermenéutica de sí mismo. La soberanía del yo en el discurso epistolar es una condición de la que Unamuno se vale para adquirir un mayor conocimiento de su interioridad, tanto como ponerla de manifiesto. Esta función cognitiva está en un todo de acuerdo con la filosofía subjetivista que da fundamento a su poética.

La poética unamuniana se entronca con la tradición de la literatura de interiorización, lo que pone al descubierto la necesidad de valerse de determinados recursos retóricos que den forma al fluir confesional. La carta parece ser el medio ideal para llevar adelante la confesión, por la sinceridad que supone el trato privado, como por la improvisación que la condibe, ambos requisitos garantizan

38. Archivo Miguel de Unamuno.

39. MIGUEL DE UNAMUNO, “Intimidad de los escritos (1)”, *Op. cit.*, t. XV, p. 940.

40. MIGUEL DE UNAMUNO, “Sobre el estilo de José Martí”, *Op. cit.*, t. VIII, p. 579.

transparencia del discurso epistolar. El juego entre la presencia imaginada y la ausencia real del interlocutor intensifica la libertad expresiva. El pensamiento unamuniano sobre el ser como única realidad, que requiere de un otro para su afirmación, logra una verdadera escenificación en el espacio textual de la carta.

El mundo unamuniano pareciera estar en permanente contradicción, a la vez que lo erigía sobre la soledad, el aislamiento geográfico y la reconcentración ensimismada, lo poblaba de múltiples voces epistolares. O tal vez, antes que una contradicción se trata de un complemento, cuando no una necesidad, es decir la construcción de su mundo –literario y personal– demandaba aquellas condiciones para su edificación. Lo cierto es que sus cartas obraron como una extensión de su individualidad, que era una y la misma en sus relaciones epistolares, puesto que los cambios de estrategias según el corresponsal apenas si se perciben.

Si alguna definición cabría darle a su epistolario, ella sería la de crónicas íntimas de la contemporaneidad. Pero estas crónicas además de brindar una información sobre el mundo y el tiempo unamunianos, lo realizan atravesando el filtro personal que la vivencia del hecho cultural supone. De ahí que el contenido de las cartas no sea una información directa, sino una lectura de la experiencia. Es probable que allí resida todo el valor antropológico que su epistolario posee.

